

aquel mismo temor y reverencia que los otros, y fuimos con ellos tres jornadas, y lleváronnos adonde había mucha gente; y antes que llegásemos á ellos avisaron cómo íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habían enseñado, y añadieron mucho mas, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de novelas y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algun interés. Y cuando llegamos cerca de las casas, salió toda la gente á recibirnos con mucho placer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos de ellos nos dieron dos calabazas, y de aquí comenzamos á llevar calabazas con nosotros, y añadimos á nuestra autoridad esta cerimonia, que para con ellos es muy grande. Los que nos habían acompañado saquearon las casas; mas, como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y mas de la mitad dejaron perdido; y de aquí por la hald de la sierra nos fuimos metiendo por la tierra adentro mas de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta casas, y entre otras cosas que nos dieron, hobo Andrés Dorantes un cascabel gordo, grande, de cobre, y en él figurado un rostro, y esto mostraban ellos, que lo tenían en mucho, y les dijeron que lo habían habido de otros sus vecinos; y preguntándoles, que dónde habían habido aquello, dijéronles que lo habían traído de hácia el norte, y que allí había mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos que do quiera que aquello había venido, había fundicion y se labraba de vaciado, y con esto nos partimos otro dia, y atravesamos una sierra de siete leguas, y las piedras de ella eran de escorias de hierro; y á la noche llegamos á muchas casas, que estaban asentadas á la ribera de un muy hermoso rio, y los señores de ellas salieron á medio camino á recibirnos con sus hijos á cuestras, y nos dieron muchas taleguillas de margarita y de alcohol molido; con esto se untan ellos la cara; y dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vacas, y cargaron á todos los que venian con nosotros de todo cuanto ellos tenían. Comian tunas y piñones; hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellas son como huevos pequeños, mas los piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cáscaras muy delgadas; y cuando están verdes, muelenlos y hácenlos pellas, y así los comen; y si están secos, los muelen con cáscaras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recibían, desque nos habían tocado, volvían corriendo hasta sus casas, y luego daban vuelta á nosotros, y no cesaban de correr, yendo y viniendo. De esta manera traíannos muchas cosas para el camino. Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que había mucho tiempo que le habían herido con una flecha por el espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazon; decia que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné á cortar mas, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un

cuero le estancué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la di, y el pueblo todo vino á verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro dia le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parescia la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna; y esta cura nos dió entre ellos tanto crédito por toda la tierra, cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer. Mostrámosles aquel cascabel que traíamos, y dijéronnos, que en aquel lugar de donde aquel había venido, había muchas planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho; y había casas de asiento, y esto creemos nosotros que es la mar del Sur, que siempre tuvimos noticia que aquella mar es mas rica que la del Norte. De estos nos partimos, y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas, que no basta memoria á poderlas contar, y siempre saqueaban los unos á los otros; y así los que perdían como los que ganaban quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podíamos valerlos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmas, y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanla luego, y caían tantos garrotos sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros; que á mi ver era la mas hermosa caza que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venian hasta las manos; y cuando á la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho ó diez cargas de ellas; y los que traían arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra á buscar venados; y á la noche cuando venian, traían para cada uno de nosotros cinco ó seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponían delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenían ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traían muchas esteras, de que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conocida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres, y todo lo que habían tomado; y esto tambien se hacia muy presto en unos hornos que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venia, mandándole que lo repartiase entre todos. Cada uno con la parte que le cabía venian á nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres ó cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que á cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que habían de comer y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer nos venian á pedir licencia, de que se puede ver qué tanta importunidad rescebíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos, y lo que podían haber;

porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. E yendo con estos, pasamos un gran rio, que venia del norte; y pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que de léjos de allí venia á recibirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.

## CAPITULO XXX.

De cómo se mudó la costumbre del recibirnos.

Desde aquí hobo otra manera de recibirnos, en cuanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos á traernos alguna cosa á los que con nosotros venian, no los robaban; mas después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrescian cuanto tenían, y las casas con ello; nosotros las dábamos á los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crecía mucha gente para satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decia. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros dias que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por mas de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un rio muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí, nos comenzó mucha de la gente que traíamos á adolecer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agras y trabajosas. Estos mismos nos llevaron á unos llanos al cabo de las sierras, donde venian á recibirnos de muy léjos de allí, y nos recibieron como los pasados, y dieron tanta hacienda á los que con nosotros venian, que por no poderla llevar, dejaron la mitad; y dijimos á los indios que lo habían dado, que lo tornasen á tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido; y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrescido, tornarlo á tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder. A estos dijimos que queríamos ir á la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy léjos, y nosotros les mandábamos que enviasen á hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos á ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenían captiva; y enviaron estas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco dias; y los indios decían que no debían de hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hácia el norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente sino muy léjos, y que no había qué comer ni se hallaba agua; y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos

todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche á dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos mas enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir; y como nosotros todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fué que este dia mesmo adolecieron muchos de ellos, y otro dia siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parecia en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que mas de ellos muriesen, y tenían por muy cierto que nosotros los matáramos con solamente quererlo; y á la verdad, nosotros recibíamos tanta pena de esto, que no podía ser mayor; porque, allende de ver los que morían, temíamos que no muriesen todos ó nos dejasen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ahí adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que á estos había acontecido. Rogamos á Dios nuestro Señor que lo remediase; y así, comenzaron á sanar todos aquellos que habían enfermado, y vimos una cosa que fué de grande admiracion, que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y después de muertos, ningun sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar á ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar á enterrar, y mas de quince dias que con aquellos estuvimos, á ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reir ni llorar á ninguna criatura; antes porque una lloró, la llevaron muy léjos de allí, y con unos dientes de raton agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. E yo viendo esta crueldad, y enojado de ello, les pregunté que por qué lo hacían, y respondieron que para castigarla porque había llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían, ponían á todos los otros que nuevamente venian á conocernos, á fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada y lo habíamos de dar todo á ellos. Esta fué la mas obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condicion; y comunmente son muy dispuestos. Convalescidos los dolientes, y ya que había tres dias que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido á las vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos á los que habían estado enfermos, que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros á sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen, y con esto, otro dia de mañana todos los que mas rescios estaban partieron con nosotros, y á tres jornadas paramos, y el siguiente dia partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guia las dos mujeres, y la que de ellas era captiva los llevó á un rio que corria entre unas sierras donde estaba un pue-

blo en que su padre vivia, y estas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parecer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estebanico; y después de haber hablado con los indios, á cabo de tres dias vino Castillo adonde nos habia dejado, y trajo cinco ó seis de aquellos indios, y dijo cómo habia hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comia frísoles y calabazas, y que habia visto maíz. Esta fué la cosa del mundo que mas nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias á nuestro Señor, y dijo que el negro venia con toda la gente de las casas á esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos, y andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venian á recibirnos, y nos dieron frísoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas y otras cosas. Y como estas gentes y las que con nosotros venian eran enemigos y no se entendian, partímonos de los primeros, dándoles lo que nos habian dado, y fuímonos con estos, y á seis leguas de allí, ya que venia la noche, llegamos á sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un dia, y el siguiente nos partimos, y llevámoslos con nosotros á otras casas de asiento, donde comian lo mismo que ellos, y de ahí adelante hobo otro nuevo uso, que los que sabian de nuestra vida, no salian á recibirnos á los caminos, como los otros hacian; antes los hallábamos en sus casas, y tenian hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenian vueltas las caras hácia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en monton en medio de la casa, y de aquí adelante comenzaron á darnos muchas mantas de cueros, y no tenian cosa que no nos diesen. Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendian y respondian en lo que preguntábamos; y llamámoslos de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren, es cerca de allí; y porque aquel rio arriba mas de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente andan del todo desnudos, á la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacian por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo les habian faltado las aguas, y habia sido el tiempo tan seco, que á todos les habian perdido los maíces los topos, y que no osarian tornar á sembrar sin que primero hoviese llovido mucho; y rogámbanos que dijeseamos al cielo que lloviese y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo así. Tambien nosotros quesimos saber de dónde habian traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponía, y que lo habia por toda aquella tierra; mas que lo mas cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querian ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel rio arriba hácia el norte, y que en diez y siete jornadas no halláramos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman chacan, y que la machucan entre unas piedras si aun después de hecha

esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo podimos comer, y dijéronnos tambien que entre tanto que nosotros fuésemos por el rio arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenian que darnos cosa á comer; mas que nos recibirian de muy buena voluntad, y que nos darian muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenian, mas que todavía les parecia que en ninguna manera no debiamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que mas á nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos dias. Dámbanos á comer frísoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que mas fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tomanlas con unas tenazas de palo, y echanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

## CAPITULO XXXI.

De cómo seguimos el camino del maíz.

Pasados dos dias que allí estuvimos, determinamos de ir á buscar el maíz, y no quesimos seguir el camino de las Vacas porque es hácia el norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo la puesta del sol, habíamos de hallar lo que deseábamos; y así, seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir á la mar del Sur; y no bastó á estorbarnos esto el temor que nos ponian de la mucha hambre que habíamos de pasar (como á la verdad la pasamos) por todas las diez y siete jornadas que nos habian dicho. Por todas ellas el rio arriba nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta, mas nuestro mantenimiento era cada dia tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y así pasamos todas las diez y siete jornadas, y al cabo de ellas atravesamos el rio, y caminamos otras diez y siete. A la puesta del sol, por unos lianos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hobimoslo tambien de comer hasta que, acabadas estas jornadas, hallamos casas de asiento, adonde habia mucho maíz allegado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodón, y de todo cargamos á los que allí nos habian traído, y con esto se volvieron los mas contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por habernos traído allí, adon-

de habíamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas casas habia algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos mas de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento, y mucho mantenimiento de maíz, y frísoles y dámbanos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva-España. Dámbanos tambien muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hácia el norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenian, y á mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y pareciéndome á mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habian habido, y dijeron que las traian de unas sierras muy altas que están hácia el norte, y las compraban á trueco de penachos y plumas de papagayos, y decian que habia allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes. Entre estos vimos las mujeres mas honestamente tratadas que á ninguna parte de Indias que hobiésemos visto. Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabónanlas con unas raíces que alimpian mucho, y así las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos. Toda esta gente venia á nosotros á que les tocásemos y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufríamos, porque dolientes y sanos, todos querian ir santiguados. Acontecia muchas veces que de las mujeres que con nosotros iban, parian algunas, y luego en nasciendo nos traian la criatura á que la santiguásemos y tocásemos. Acompañámbanos siempre hasta dejarnos entregados á otros, y entre todas estas gentes se tenia por muy cierto que veníamos del cielo. Entre tanto que con estos anduvimos caminamos todo el dia sin comer hasta la noche, y comíamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y á la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo, que tampoco lo sentíamos. Teníamos con ellos mucha autoridad y gravedad, y para conservar esto, les hablábamos pocas veces. El negro les hablaba siempre; se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que habia y de las cosas que queríamos saber. Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y así, preguntábamos y respondian por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos mas de mil diferencias. Por todas estas tierras, los que tenian guerras con los otros se hacian luego amigos para venirnos á recibir y traernos todo cuanto tenian, y de esta manera dejamos toda la tierra en paz, y dijimosles por las señas que nos entendian, que en el cielo habia un hombre que llamámbanos Dios, el cual habia criado el cielo y la tierra, y que este adorámbanos nosotros y teníamos por Señor, y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venian todas las cosas buenas, y que si así ellos lo hi-

ciesen, les iria muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua hobiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejaríamos cristianos. Esto les dimos á entender lo mejor que podimos, y de ahí adelante cuando el sol salia, con muy gran grita abrian las manos juntas al cielo, y después las traian por todo su cuerpo, y otro tanto hacian cuando se ponía. Es gente bien acondicionada y aprovechada para seguir cualquiera cosa bien aparejada.

## CAPITULO XXXII.

De cómo nos dieron los corazones de los venados.

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas, dieron á Dorantes mas de seiscientos corazones de venado abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones, y por él es la entrada para muchas provincias que están á la mar del Sur; y si los que la fueren á buscar por aquí no entraren, se perderán; porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo y de paja y de pescado que toman en la mar con balsas, porque no alcanzan canoas. Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la via de aquellos pueblos que nosotros trujimos, hay mas de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frísoles y maíz. Hay tres maneras de venados; los de la una de ellas son tamaños como novillos de Castilla; hay casas de asiento, que llaman buhíos, y tienen yerba, y esto es de unos árboles al tamaño de manzanos, y no es menester mas de coger la fruta y untar la flecha con ella; y si no tiene fruta, queiebran una rama, y con la leche que tienen hacen lo mesmo. Hay muchos de estos árboles que son tan ponzoñosos, que si majan las hojas de él y las lavan en alguna agua allegada, todos los venados y cualesquier otros animales que de ella beben, revientan luego. En este pueblo estuvimos tres dias, y á una jornada de allí estaba otro, en el cual nos tomaron tantas aguas, que porque un rio creció mucho, no lo podimos pasar, y nos detuvimos allí quince dias. En este tiempo Castillo vió al cuello de un indio una evileta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela, y preguntámosle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habian venido del cielo. Preguntámosle mas, que quién la habia traído de allá, y respondieron que unos hombres que traian barbas como nosotros, que habian venido del cielo, y llegado á aquel rio, y que traian caballos y lanzas y espadas, y que habian alanceado dos de ellos; y lo mas disimuladamente que podimos les preguntamos qué se habian hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habian ido á la mar, y que metieron las lanzas por debajo del agua, y que ellos se habian tambien metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hácia puesta del sol. Nosotros dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por aquello que oimos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de cristianos; y por otra parte nos vimos en gran confusion y tristeza, creyendo que aquella gente no seria sino algunos que habian venido por la mar á descubrir; mas al fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, dímonos

mas priesa á nuestro camino, y siempre hallábamnos nueva de cristianos, y nosotros les decíamos que les íbamos á buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho. Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fué cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y de rios, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces. De esta hambre á nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parecia que se querían morir. Trujéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los víamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que llegados á los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios nuestro Señor fué servido de traernos hasta ellos, comenzáronnos á temer y acatar como los pasados y aun algo mas, de que no quedamos poco maravillados; por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas á ser cristianos y á obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no. Estos nos llevaron á un pueblo que está en un cuchillo de una sierra, y se ha de subir á él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaba junta, recogidos por miedo de los cristianos. Recebiéronnos muy bien, y diéronnos cuanto tenían, y diéronnos mas de dos mil cargas de maíz que dimos á aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos habían traído; y otro día despachamos de allí cuatro mensajeros por la tierra como lo acostumbábamos hacer, para que llamasen y convocasen toda la mas gente que pudiesen, á un pueblo que está tres jornadas de allí; y hecho esto, otro día nos partimos con toda la gente que allí estaba, y siempre hallábamnos rastro y señales adonde habían dormido cristianos; y á mediodía topamos nuestros mensajeros, que nos dijeron que no habían hallado gente, que toda andaba por los montes, escondidos huyendo, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto á los cristianos estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacían, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas; y de esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron pa-

ra dar aviso por la tierra cómo venían cristianos, y muchos mas hicieran esto si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen ni tuviesen temor; y con esto se aseguraron y holgaron mucho. Venían entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos que se volvieresen á sus casas; y por asegurarlos dormimos aquella noche allí, y otro día caminamos y dormimos en el camino; y el siguiente día, los que habíamos enviado por mensajeros nos guiaron adonde ellos habían visto los cristianos; y llegados á hora de vísperas, vimos claramente que habían dicho la verdad, y conocimos la gente que era de á caballo, por las estacas en que los caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el rio de Petutan, hasta el rio donde llegó Diego de Guzman, puede haber hasta él desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas; y desde allí hasta la mar del Sur había doce leguas. Por toda esta tierra donde alcanzan sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol, hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente; tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hacía el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrada y pobre, donde pasamos grande y increíble hambre; y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinación y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento y los de atrás, ningun caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.

## CAPÍTULO XXXIII.

Cómo vimos rastro de cristianos.

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio; y el placer que de esto sentimos, júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos, y los peligros y trabajos por que pasamos. Aquella noche yo rogué á uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser mas recios y mas mozos; mas, vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo á los cristianos, pasé por tres lugares donde habían dormido; y este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban á preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen adonde estaba su capitán; y así, fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberlo hablado, me dijo que estaba muy perdido allí, porque había muchos días que no había podido tomar indios, y que no había por dónde ir, porque entre ellos comenzaba á haber necesidad y hambre; yo le dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo,

que estaban diez leguas de allí con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarnos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí había llegado, y la manera en que venía, y así lo hicieron. De este rio hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel, que es de la gobernación de la provincia que dicen la Nueva-Galicia, hay treinta leguas.

## CAPÍTULO XXXIV.

De cómo envié por los cristianos.

Pasados cinco días, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habían ido por ellos, y traían consigo mas de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habían hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido los habían sacado de los montes y entregado á los cristianos, y ellos habían despedido todas las otras gentes que hasta allí habían traído; y venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviásemos á llamar la gente de los pueblos que están á vera del rio, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trujesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían, y enviamos luego nuestros mensajeros á que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trujeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado y escondido, y nos trujeron todo lo mas que tenían; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro á los cristianos para que entre sí lo repartiesen; y después de esto, pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los indios que traímos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquescos que traíamos, y muchos zurrónes y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y así, las perdimos. Dimos á los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volvieresen á sus casas y se asegurasen, y sembrasen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbaban, con otros indios; porque si se volvieresen sin hacer esto, temían que se morirían; que para ir con nosotros no temían á los cristianos ni á sus lanzas. A los cristianos les pesaba de esto, y hacían que su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habíamos perdido muchos tiempos había, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, á quien habían de obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco ó nonada de lo que les decían; antes unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros

HA.

no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego á dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada á nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas, y las encarescían por el contrario de los otros; y así les respondieron á la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber á los otros por una lengua que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propriamente primahaitu (que es como decir vascongados); la cual, mas de cuatrocientas leguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras. Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo y importunación los hecimos volver á sus casas, y les mandamos que se asegurasen, y asentasen sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de monte; la cual sin duda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y mas fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tiene muchas frutas y muy hermosos rios, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven á los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho mas que los de Méjico; y finalmente, es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena. Despedidos los indios, nos dijeron que harían lo que mandáramos, y asentarian sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren, será por culpa de los cristianos.

Después que hobimos enviado á los indios en paz, y regraciádoles el trabajo que con nosotros habían pasado, los cristianos nos enviaron (debajo de cautela) á un Cebreros, alcalde, y con él otros dos; los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversacion de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde parece cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos á les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir á dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz; y así como lo pensaron, lo hicieron; lleváronnos por aquellos montes dos días, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perescer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro día á mediodía adonde aquella noche hallamos nosotros el agua; y caminamos con ellos veinte y cinco leguas, poco mas ó menos, y al fin de ellas llegamos á un pueblo de indios de paz, y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y él pasó adelante otras tres leguas, á un pueblo que se llama Culiazan, adonde estaba Melchior Diaz, alcalde mayor y capitán de aquella provincia.

## CAPÍTULO XXXV.

De cómo el Alcalde mayor nos recibió bien la noche que llegamos.

Cómo el Alcalde mayor fué avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió, y vino adon-

35